

El Combate Naval de Iquique *21 de Mayo de 1879*



- I -

He oído referir de mil maneras diversas los sucesos que se desarrollaron el 21 de mayo en la rada de Iquique i, los de que posteriormente he sido testigo como prisionero de la “Esmeralda” en esa inolvidable jornada.

He visto asimismo que muchos ignoran en su mayor parte los detalles de esos acontecimientos. Como sobre hechos de tanta importancia no es posible que haya ninguna duda, ni que se dejen propagar erróneas aseveraciones, me he creído obligado a emprender la publicación de una exacta relacion de cuanto me conste sobre la gloriosa “Esmeralda”.

De este modo satisfago también las exigencias de varios amigos que me han pedido consigne en algunas hojas mis recuerdos del combate del “21 de Mayo” i de nuestro cautiverio.



Si hasta ahora no lo había hecho, era principalmente porque la creía yo poco oportuna. Pero la consideracion de ser hoi el primer aniversario de la memorable epopeya de Iquique, me hace olvidarlo todo para no pensar sino en tributar a los héroes de la jornada, en la medida de mis fuerzas, con el relato del prodijio que realizaron, la mas justa i merecida admiracion.

- II -

La escuadra se había hecho a la mar la noche del 17 de mayo, i su rumbo era desconocido para los que quedaban. Al resolverse emprender la expedicion que llevó a la escuadra chilena a las aguas del Callao, se designó a la “Esmeralda” para que continuase sosteniendo el bloqueo del puerto de Iquique, como hasta entonces lo había hecho, pues era el buque encargado especialmente de este servicio. Chile entero conocía perfectamente la gloriosa corbeta, testigo del arrojio de Williams i del valor de tantos otros que la tripularon; de modo que, aunque no me fuera posible hacer de ella una descripcion detallada, me abstendría por ser completamente inútil.

La “Covadonga”, que debia tambien seguir el mismo rumbo que la escuadra, tuvo que ver partir a sus demás compañeras, porque su maquina no podia funcionar bien.

Quedaban pues en Iquique los dos buques mas queridos para todo chileno.



- III -

Amaneció el 21 de mayo para los tripulantes de ambas naves, como todos los días de aquella pesada i aburrida vida de bloqueo.

El aspecto del cielo no ofrecía nada de notable i que pudiera augurar alguna coincidencia con los sucesos de que mas tarde fueron testigos mudos aquella playa i aquel puerto, donde ahora flamea victoriosa la insignia nacional.

Las tareas cotidianas se empezaron como de costumbre, con la misma regularidad.

- IV -

A las siete i cuarto próximamente, estaba yo en pié e instantes despues subia a la toldilla. “Humo al norte”, fué lo primero que oí.

Algunos creían que era la escuadra chilena que volvia. El dia anterior el capitan Prat habia dicho a Wilson, por medio del semafora en que estaban ejercitándose: “la escuadra volverá pronto victoriosa”. Pero esas primeras ilusiones fueron disipándose cuando se vio que eran dos humos solamente, i por último cuando se reconocieron los buques enemigos.

Las espesas columnas de humo que arrojaban, dividiéndose a veces, habian dado lugar al principio a la creencia de ser varias las naves que se aproximaban.

* * *



El comandante Prat mandó a Fernandez que hiciera señales a la “Covadonga” preguntándole: “¿Almorzó la gente?”.

Contestada afirmativamente esta pregunta, hizo tocar a jenerala i en pocos minutos todos estaban en sus puestos.

Solo yo quedaba sin colocacion. Como esto no me pareció posible en casos como ese, cuando el enemigo se reconoció, me dirijí al comandante i le pedí que me designara algun puesto. Me dió entónces a elegir entre ir a la ambulancia o quedarme a su lado. Esto último acepté: me sentía mejor al aire libre.

Cuando se tocó a jenerala aun no se estaba seguro de que fueran enemigos los buques avistados; solo había una probabilidad, que por instantes se cambiaba en certidumbre.

Miéntras tanto la “Covadonga”, izando el anclote con que estaba fondeada, salía al encuentro de los buques para reconocerlos; lo mismo hacia la “Esmeralda” poco despues.

Serian como las ocho A.M. cuando la “Covadonga” hizo un disparo con pólvora, que indicaba que buques enemigos se acercaban. Ya de la “Esmeralda” se habian podido reconocer tan inesperados huéspedes i en ambos buques debian latir al mismo impulso todos los corazones.

El capitán Prat había mandado traer algunos marineros que se ocupaban en resacar agua en una chata anclada en la bahía. La tripulacion estaba pues completa. En cuento se tuvo la evidencia de que los buques avistados eran enemigos, me dirijí al capitán Prat, i le hablé sobre arreglar un torpedo. En el acto ordenó a Serrano preparar un bote, a Fernandez un tarro de capacidad para mas de setenta



libras de polvera, que lleno de ésta, serviría de torpedo, i a mi la pila, alambres i demas útiles para hacerlo estallar. Volvió Serrano como diez minutos despues diciendo que era imposible el arreglo del bote por no haberse alcanzado a hacer algunas piezas que el día antes se había ordenado trabajar con el mismo objeto. Se insistió en arreglarlo, pero se tropezó con los mismos inconvenientes. Abandonose entónces la idea de poder defenderse i ofender a un enemigo inmensamente más poderoso que nosotros con este elemento destructor.

Es de advertir que dos días ántes se habia hecho experimentos de torpedo con los pocos elementos de que se podía disponer, i que en vista de estos se habia ordenado preparar convenientemente uno de los botes, pero como ya hemos dicho, este día no estaba terminando aun su arreglo.

Fernandez, sin embargo, continuaba en su trabajo. Como la Santa Bárbara era estrecha, habia sacado alguna cantidad de pólvora i llenaba el torpedo en el entrepuente. Cuando él estaba en esta operacion el combate habia empezado. Si alguna granada hubiera estallado en esta parte, una esplosion habria tenido lugar con fatales resultados para nosotros. Pero a pesar del peligro era necesario proceder así.

* * *

La “Covadonga” habia hecho rumbo hacia nosotros, i la “Esmeralda” se mantenía sobre la maquina teniendo ya su proa al sur despues de haber reconocido al enemigo. Pocos momentos mas tarde pasaba al costado nuestro, i Condell, colocado en la toldilla, su puesto de combate, decia al capitán Prat que el “Huáscar” e “Independencia” eran los buques reconocidos. Este contestó que ya lo sabia i agregó: MANTENERSE A POCO FONDO; USAR PROYECTILES DE ACERO. El comandante Condell con voz fuerte i



clara terminó aquel dialogo de titanes con la desde entónces celebre i estereotipada frase “ALL RIGHT”.

Esta contestación i la órden concisa pero terminante, caracterizan por sí solas, el temple de alma de ambos campeones. Sereno i resuelto el uno, se prepara al combate i ordena el sacrificio en nombre de la patria; el otro con la sonrisa en los labios, lo acepta i lo secunda.

Pero lo que mejor sienta en la boca del héroe i que dá a conocer mejor su gran corazon, es la arenga que dirijió a la tripulacion despues de aquella corta pero eterna despedida.

La “Covadonga” seguía navegando, i al pasar cerca de nuestra proa, el “Huáscar” rompía sus fuegos, yendo a estallar el primer proyectil entre ambos buques i alcanzando el torbellino de agua que levantó al salpicar la cubierta de nuestras naves.

Eran las 8:40, el combate estaba pues empeñado. El cruento sacrificio iba a comenzar; el primero de los mártires que debía inmolarse, estaba de pié en su puesto de honor. Su fisonomía revelaba la calma del que estaba resuelto a cumplir con su deber, cualesquiera que sean las circunstancias en que la fortuna lo coloque.

La presencia de las naves enemigas en la rada de Iquique indicaba, sin dejar la menor duda, que nuestros enemigos nos provocaban a un combate que por nuestra parte solo podía terminar con los elementos que la patria había puesto en manos de nuestros marinos. Así lo comprendió el capitan Prat, i así lo dijo a su tripulacion, que escuchó con calma i resuelta la siguiente arenga que le dirijió desde la toldilla de su nave inmediatamente despues que el primer proyectil peruano estalló cerca de nuestra proa:



***“Muchachos: la contienda es desigual;
pero ánimo i valor,
hasta el presente ningún buque chileno no ha arriado
jamás su bandera. Espero pues,
que no sea esta la ocasion de hacerlo.
Por mi parte os aseguro que mientras viva tal cosa no
sucederá, i despues que yo falte quedan mis oficiales, que
sabrán cumplir con su deber.
¡¡VIVA CHILE!!”***

Estas últimas palabras las pronunció sacándose la gorra, i el entusiasmo que produjeron fué indescriptible. La tripulacion entera tiraba al aire sus gorras haciendo resonar con la repeticion de ese grandioso ¡¡Viva Chile!! Aquella bahía triste i silenciosa poco há.

En el timbre de la voz con que pronunció su arenga se advertía perfectamente la tranquilidad con que habia tomado su resolucion. Su aire era arrogante, su voz entera i su rostro estaba mas bien encendido que pálido.

Como he dicho, el primer proyectil habia sido lanzado por el enemigo i era preciso contestar aquel reto. Como la tripulacion estaba casi loca vivando a Chile, fué necesario que los oficiales enérgicamente los hiciesen guardar silencio, i que ocuparan tranquilos sus puestos respectivos. Muchos habian quedado con la cabeza descubierta pues sus gorras habian caido al mar al tirarlas al aire.

Un toque se sintió i en seguida el estampido de varios cañones; la voz de “rompa el fuego” habia sido dada por el comandante. La “Independencia” por su parte habia empezado el combate con un vivo cañoneo que dirijia alternativamente a nuestros buques.



La “Covadonga” había tomado al sur e iba doblando la isla i tan cerca de ella, que a veces creíamos se iba a varar. El “Huáscar” hizo entónces señales a la “Independencia” la siguió, enfrentándose él a la “Esmeralda”.

En estos momentos fué cuando Velarde, oficial que hizo las señales a la “Independencia”, recibió varias heridas por balas de nuestros rifles, i quedó tendido en cubierta hasta que terminó el combate, porque nadie se atrevió a salir de las cuatro i media pulgadas del blindaje. A pesar de que el caso era tan serio, las necesidades del estómago se dejaron sentir sin embargo. La hora era avanzada i la del almuerzo había pasado ya. El teniente Serrano me indicó el lugar en que había algo con que entretener el apetito. Bajé a la cámara i subí poco despues con algunos comestibles, que en medio de sus ocupaciones i del silbido de las balas, consumieron en parte algunos oficiales.

El “Huáscar” había concretado sus fuegos solo a la “Esmeralda” desde hacía tiempo, sin conseguir hacerle otro daño que cortarle un cabo. Pero al fin le dió un balazo en la cámara de oficiales, haciendo en los camarotes algunos estragos i produciendo un incendio. Serian como las diez i media de la mañana.

Inmediatamente la seccion de bomba al mando de Fernandez, guardia marina de entre-puente, se puso a trabajar i en pocos minutos todo peligro había desaparecido.

La humareda que produjo la bala era tanta, que parecía que los que estaban apagando no podrian permanecer envueltos en aquella atmósfera espesa i sofocante. Entónces le observan a Prat que si no sería bueno abrir el cubichete para que saliera el humo que impediría talvez trabajar a los de la bomba.



En la contestacion a esta observacion tan solo hecha en un caso repentino, encuentro una nueva e incontestable prueba de la serenidad i sangre fria con que Prat presenciaba i dirijía aquel combate. “Si se abre el cubichete, contestó, se produce tiraje, porque se establece corriente de aire i entónces el incendio aumenta”.

La ésplicacion del fenómeno físico a que se referia, aunque sencilla, pero dicha en aquel sério trance, sería, como lo he dicho, elocuente prueba, si no hubiera tantas otras, de la serenidad del valor de aquel hombre escepcional. I poco despues decia a los sirvientes de los últimos cañones de estribor, al ver que se precipitaban mucho para cargar i disparar i que por esto las punterías no eran mui buenas: “MUCHACHOS! NO HAI QUE APURARSE: TIRAR MENOS I APUNTAR MEJOR!”

Miéntas tanto, la “Esmeralda” habia llegado a colocarse como a 4 brazas de fondo cerca del muelle del ferrocarril. En esta posicion, los proyectiles del “Huáscar” podian causar averías en la poblacion; pero disminuyó sus disparos. Sin embargo, a pesar de esto i de haberse colocado en mejores condiciones, hubo algunos que pasaron cerca del hospital, uno de los cuales, segun supimos despues, mató la mula que tiraba a un carreton.

Como estábamos tan cerca de tierra, algunos cañones colocados próximos al hospital i la tropa apostada en los fosos de la playa, rompieron contra nosotros un nutrido i certero fuego.

Mui pronto se vió correr la sangre jenerosa de muchos tripulantes; pero, lejos de desmayar, mayor era el entusiasmo. Marinero ví que herido de alguna consideracion en el antebrazo derecho, no quería bajar a la ambulancia por no abandonar su puesto. Mas tarde, cuando encontró oportunidad, volvió a tomar su antigua colocacion.



El bravo muchacho reposa ahora tranquilo en la rada de Iquique, al lado de los demas compañeros que ese día perecieron.

El comandante había mandado cubrir la batería de estribor i romper fuego sobre tierra. El efecto que hicieron nuestras balas nunca lo pudimos saber con seguridad, porque todo lo ocultaban los peruanos cuando nos tenían prisioneros.

El primer proyectil que nos dieron de tierra, al pegar en el cabillero junto al último cañon de estribor, levantó una nube de astillas que cubrió a todos los de esa pieza i casi cegó al cabo que en ese momento apuntaba. Este empezó a manotadas para sacarse las astillas de la cara i espesa barba que tenía, i volviéndose hácia la popa le dijo al capitán Prat: “No es nada, señor”; i continuó apuntando.

La “Esmeralda” se alejaba, sin embargo, hácia el norte; pero contestando tanto los fuegos del “Huáscar” como los de tierra.

Poco rato ántes un bote se desprendió del muelle i a todo remo se dirigió al “Huáscar”. Apenas se vió esto, empezamos a hacerle fuego; pero el bote llegó al costado del monitor i el práctico de la bahía, a quien conducía, subió a su bordo i notició a Grau que no había peligro ninguno para emplear el espolón. Segun supimos, habían creído que una red de torpedos nos protegía; pero, por lo dicho por el práctico, i sobre todo al ver la que la “Esmeralda” se retiraba hácia el norte, se dispusieron inmediatamente a emplearlo.

Serían mas de las 11 próximamente cuando el “Huáscar” dirigió su proa hácia la “Esmeralda”.

El capitan Prat, al notar esto, sacó del bolsillo de su levita los papeles de importancia que desde el principio del combate había



hecho traer de su cámara, i partiéndoles en vario pedazos los arrojó al mar. En seguida se colocó junto a las manillas del telégrafo que lo tenia en comunicacion con la máquina; pero observando siempre al enemigo. Toda la correspondencia que debía mandarse a Valparaiso en el vapor de la carrera, que se esperaba ese día, estaba convenientemente preparada par ser arrojada al mar si era necesario. El “Huáscar” se aproximaba cada vez mas i el fuego de fusilaría era tambien mas nutrido.

Solo los cañones permanecieron mudos por cortos instantes. El momento supremo llega i el capitán Prat gobierna a babor, mandando dar toda fuerza a la máquina que en esos momentos funcionaba con dos calderos; el otro se habia inutilizado al moverse de su fondeadero. El monitor nos daba el primer espolonazo por el costado de babor.

A pesar de haberlo evitado en lo posible , el choque fué terrible; el buque crujió espantosamente; parecía que no habia quedado un solo madero en su lugar.

Los rifleros redoblaron su empeño i la batería toda de ese costado lanzaba impotente sus proyectiles de acero sobre el monitor. Estos no hacian otra cosa que lijeros rasguños en su coraza de hierro.

Con la velocidad que traia el “Huáscar” dejó por algunos instantes su proa como embutida en el costado de la “Esmeralda”, que medio tumbada, era empujada por el monitor.

El comandante Prat observó que los buques continuaban juntos.

Fué entónces cuando tomó la resolucion de abordar al enemigo. Dió una mirada hácia atrás como para ordenar al corneta tocara al abordaje, i no viéndolo, se afirma en la baranda i con toda la fuerza



de sus pulmones grita a la tripulación: “AL ABORDAJE MUCHACHOS”. El estruendo de los cañones impide que oiga la tripulación, lo que furiosa cargaba piezas i disparaba sobre el enemigo. Prat comprendió esto i redoblando sus esfuerzos gritó dos veces mas: “AL ABORDAJE MUCHACHOS”. Todo es inútil porque nadie le oye.

Los buques continuaban juntos. Entónces tiene la idea de dar el ejemplo: tal vez podían verlo mejor que oírlo. Se le vé pues con gran agilidad pasar entre los cabos i jarcia i poner el pié sin vacilar sobre la proa del “Huáscar”. El sargento Aldea le seguía.

El monitor se retira i frustra con esto las esperanzas de todos, que lo habrían seguido.

Una vez en la cubierta enemiga, Prat desenvaina su espada i con paso marcial avanza hácia la torre de combate: Aldea era su sombra. Se le vé todavía mira hácia su derecha tal vez para alentar a los que suponían le siguiesen, i cae en seguida por una bala que lo debió matar instantáneamente al penetrarle en medio de su frente venerada.

Aldea caía también cubierto por más de diez balazos que no fueron bastantes para arrancar de aquel cuerpo su alma jenerosa.

Séame permitido ántes de continuar decir algo mas sobre este bravo entre los bravos.

El combate había empezado, i Aldea, que estaba a la cabeza de la tropa que hacía la guardia de bandera, me dice: “QUE LE PARECE, SEÑOR, COMO NOS HAN DEJADO SOLOS? AQUÍ TENEMOS TODOS QUE MORIR; PERO QUE HACERLE; SOMOS CHILENOS I SI SE NOS LLEGA LO HORA...” Volvió en seguida su vista hácia el palo de mesana, i viendo al corneta, mu-



chacho de diez años a lo mas, que estaba sentado como ocultándose con el palo de las balas enemigas, se va donde él, le da un puntapié i le dice: “COBARDE, ANDA A PARARTE AL LADO DE TU COMANDANTE”.

El pobre muchacho al primer espolonazo se bajó a la cubierta i se puso junto al mismo palo. Ahí una bala le dejó solo el tronco de su cuerpo. Por esto fué que el comandante no lo vió al querer ordenarle tocarse al abordaje.

Por lo dicho ántes se vé que el sargento Aldea era un hombre que conocia perfectamente su situacion i los deberes imperiosos que como chileno tenia que cumplir. Sus tez era morena, mas bien alto i flaco. Su aspecto no parecía revelar el alma que en esos momentos manifestó animaba aquella naturaleza al parecer casi raquítica.

A pesar de esto i de haber recibido tantas heridas, murió tres días después en el hospital de Iquique, sufriendo antes la amputacion de un brazo i una pierna.

* * *

Volvamos al combate.

En pocos instantes la muerte de Prat era conocida de casi todos. Uribe, su segundo, que estaba en proa, corrió a ocupar su puesto: Serrano, Riquelme, Fernandez, Zegers, Sanchez, Wilson, i Hurtado, corren a agruparse al lado del nuevo comandante. Pocas palabras se cambian entre ellos, porque el mismo sentimiento les domina.

Uribe termina aquella corta entrevista, que solo debía tener por objeto comunicarse todos que su ilustre jefe había muerto, diciéndoles: “NOS MANTENDREMOS COMO ESTAMOS”. Llamó en



seguida al ingeniero Hyatt i le dijo: “TENGA LISTAS LAS VÁLVULAS”. – “ESTÁN LISTAS”– , contestó este.

En esos momentos solemnes Serrano decía: “NO NOS QUEDA OTRA SALVACION QUE EL ABORDAJE”. I corría a proa a apuntar i preparar su jente.

Riquelme con su espada desenvainada repetía anegado en lagrimas: “NUESTRO COMANDANTE HA MUERTO I ES NECESARIO VENGARLO”. I lloraba i gritaba incitando a todos a la venganza. Aquello electrizaba, infundia valor.

A todo el que se encontraba a su paso repetía las mismas palabras, que parecían salir de lo más íntimo del alma.

A pesar de todo, el fuego continuaba. La tripulacion entera estaba dispuesta a sucumbir antes que rendirse.

Todos esperaban un segundo espolonazo i se preparaban para el sacrificio. Resueltos a morir, los oficiales se hacian reciprocamente las intimas confiancias de la despedida hasta la eternidad. Cada uno creía que su compañero podria talvez terminar con vida aquel dia de solemne prueba, i poder cumplir mas tarde sus últimos deseos; porque tambien cada uno tenia la inquebrantable resolucion de ofrecer en ese gran dia su vida en holocausto a la bandera que flameaba inmaculada en lo alto de su nave tan querida.

Las despedidas i las confiancias eran cortas pero conmovedoras, terminando algunas con un efusivo abrazo, para correr enseguida cada cual a su puesto.



La hora de la segunda prueba se acercaba ya: Uribe, el nuevo comandante, sereno e imparable, estaba ya en el mismo lugar que poco ha ocupaba el inmortal Prat!

El “Huáscar” embiste por segunda vez con su espolón, la máquina de la “Esmeralda” apenas funcionaba, i a lo mas andaria de una i media a dos millas. Uribe manda dar toda fuerza a la máquina i gobierna para evitar el choque perpendicularmente.

Por fin el “Huáscar” llega i su espolon penetra en proa por el costado de estribor. Fué aquel como el primero, un terrible choque. Serrano, que como un león esperaba en el castillo, salta el primero espada i revólver en mano, a la cubierta del “Huáscar”; lo seguirian como catorce hombres. A los pocos pasos una bala le atravesó el estomago; pero él medio hincado i apoyado en su espada gritaba a su gente: “MUCHACHOS, DE ESTA NO LIBRO PERO NO HAI QUE RENDIRSE”. Su gente continúa avanzando i uno a uno van cayendo. Solo dos quedaron con vida pero heridos.

* * *

Veamos que hacian los demas. Apenas los buques se juntaron se le tiró un cabo al enemigo. De este modo se habían amarrado, pero un marinero peruano, alto i negro, salió por una escotilla i sacó el seno del cabo que se había enlazado en un fierro del monitor. El negro pagó cara su salida, pues cayó acribillado de balas.

Mientras tanto, Fernandez, i creo tambien que Zegers, se ocupaban con varios marineros en preparar un anclote para amarrarse con el monitor. Desgraciadamente, como habian sacado la primera amarra, el “Huáscar” se alejó un poco i casi a toca penoles, descargaba su poderosa artillería, así como lo habia hecho en el primer espolonazo.



Nuestros artilleros i rifleros no cesaban en tanto de hacer un nutrido fuego sobre el enemigo.

A Riquelme, que habría dado cien vidas por saltar al abordaje para vengar a su idolatrado comandante, le fué imposible cumplir sus ardientes deseos, porque la rapidez con que se separó el “Huáscar” no le dió tiempo.

Cuando vió que ya no podia hacerlo, corrió a un cañón i él mismo apuntaba i disparaba sobre el enemigo; pero las balas se encontraban con una coraza de hierro que no podían penetrar.

La cubierta de la “Esmeralda” estaba sembrada de cadáveres i restos mutilados. Los artilleros del “Huáscar”, lo mismo que sus rifleros, habian hecho numerosas víctimas en los dos espolonazos que le había dado. El agua derramada de las tinas de combate mezclada con la sangre de los muertos la inundaba tambien por completo. A pesar de tanta destruccion i de los cuadros tan sangrientos que por do quiera se presentaban a la vista, el entusiasmo no disminuía; por el contrario se convertía en frenesí.

El buque hacia agua en abundancia; la Santa Bárbara se habia inundado; los fuegos de la máquina estaban apagados; la “Esmeralda” era una boya.

* * *

La legendaria corbeta habia llegado a Iquique en un estado tan lamentable que apenas se movía. Con los primeros movimientos de esa mañana, su máquina como se ha visto, quedó en peores condiciones. Era, pues, imposible pensar en un abordaje preparado concienzudamente en un buque que apenas se movía; de modo que todo lo que se hizo con este objeto fué mas de lo que naturalmente



podía esperarse, i mas que todo de la actividad, del valor i del entusiasmo que a todos dominaba.

* * *

Algunos saquetes quedaban aun para disparar los pocos proyectiles que habia sobre cubierta. Con estos el fuego no cesaba a pesar de estar tan diezmada la tripulacion.

En tanto la “Esmeralda” se iba hundiendo poco a poco por su parte de proa.

El “Huáscar” que se habaa mantenido a alguna distancia desde el segundo espolonazo, se acercaba nuevamente para embestir con su ariete.

A medida que se aproxima, los últimos cartuchos se van agotando en hacerle una recepcion digna de la resolucion que se había tomado.

* * *

El último momento de aquella memorable lucha se acerca.

El “Huáscar”, casi con toda la fuerza de su máquina, embiste, choca por fin contra su heroica antagonista, que completamente inmóvil, recibe junto al palo mayor por el costado de estribor, un estrepitoso i último espolonazo. La “Esmeralda” se mantiene sin embargo sobre las aguas algunos instantes más.

El enemigo se retira unos pocos metros; descarga su artillería que hace nuevas i numerosas victimas entre los tripulantes de nuestra nave.

Riquelme, despues del segundo espolonazo, se habia colocado en el último cañón de estribor junto a la toldilla i hacía él mismo de cabo de cañón.



Cuando el “Huáscar”, esta última vez, se preparaba a disparar sobre nuestra agonizante corbeta, un disparo del cañón en que estaba Riquelme agotó talvez el último cartucho que quedaba, pero inmediatamente los disparos del enemigo llevaron a esa parte la desolacion i la muerte. Solo se oyó el ¡ai! de los heridos i se vió un hacinamiento de maderos, de heridos i de cadáveres. Riquelme debía estar entre esos sangrientos despejos, herido o muerto, porque despues nadie le vió ya.

Los ingenieros i demas empleados de la máquina i varios otros, venian saliendo en ese instante a cubierta. Como no tenian nada que hacer en sus puestos i el último momento se acercaba, se les habia dado la orden de salir, pero otra compañera de la bala que debió dar muerte a Riquelme, concluyó tambien con esos buenos servidores, i ademas con casi todos los heridos que habian recibido su primera cura en la ambulancia. Veinte i tantos, por todos.

En estos solemnes momentos un cabo de apellido Reyes tomó la corneta que estaba al lado del muchacho que la tocaba al principio i que sin piernas yacia muerto, i arrojándolo primero al agua, empezó a tocar al abordaje hasta que el buque se hundió.

El último momento llega. Todos ya habian recibido orden de prepararse para luchar con las olas, nuevo enemigo que se les iba a presentar.

Los oficiales se reunían en la popa i se preparaban rápidamente para esa lucha, cuando el buque se hundió de improviso arrastrando a muchos hasta el fondo del mar. Enredándose ya en las jarcias ya en las brazas i en otros objetos, supremos esfuerzos les costó para salir a la superficie de las aguas. Uno o dos sin embargo se arrojaron al agua en el momento de hundirse el buque, pero bastante trabajo les costó salir por el remolino que se habia formado.



Los recuerdos de la patria fueron los únicos que aun hasta el último i supremo instante hicieron latir el corazón de tantos bravos. En el momento mismo en que la nave se hundía en las aguas, la tripulación entera lanzó un viva Chile. Las aguas se agitaron al recibir en su seno tan sagrados despojos i las últimas vibraciones de la voz de esos valientes se acallaron ahogadas por las ondas tumultuosas...

La memorable hecatombe del 21 de Mayo se había consumado, i las cuatro banderas que ostentaba gallarda la nave capitana, el océano las había recibido inmaculada en su seno: el honor de la patria se había salvado.

* * *

Los pocos que habíamos quedado con vida flotábamos sobre las aguas i nadábamos en dirección a tierra, de la que distábamos 1,700 metros próximamente.

Muchos no sabían nadar, pero felizmente consiguieron tomarse de algun objeto de los muchos que el buque no había arrastrado consigo. Entónces pudimos reconocernos i contarnos porque éramos mui pocos; no alcanzábamos a cincuenta.

La tripulación de capitán a paje constaba de doscientos hombres i habían perecido mas de tres cuartas partes.

Cuando recién estábamos en el agua los rifleros peruanos nos hicieron algunos disparos.

El “Huáscar” con su proa al norte se mantenía sobre la máquina a alguna distancia.



Instintivamente miramos hacia atrás cuando nadábamos a tierra i vimos que la cubierta del “Huáscar” estaba llena de jente i que nos hacian señales con pañuelos para que nadásemos hácia ellos. Nosotros sin embargo nos mantuvimos asidos de coyotes i maderos que flotaban, esperando nos fuesen a tomar. Los botes estaban todos averiados por nuestras balas, de manera que por arreglarlos se demoraron algun tiempo en ir a salvarnos.

* * *

Permanecimos en el agua como media hora mas o ménos. Cuando subimos a los botes ya algunos estaban fatigados i habrian resistido poco mas.

Un guardia marina peruano, cuyo nombre se me escapa, en el momento de pasar a Zegers la mano para subirlo al bote, le dijo en ese tono que les es peculiar: *“Recibid la hospitalidad generosa que el vencedor da al vencido”*. Con toda prontitud le fue contestada tan estrafalaria ocurrencia, i a no haber sostenido a Zegers la prudencia, aquello habría tenido un fin desagradable.

Es cosa de notarse que despues del hundimiento no apareciese flotando un solo cadáver. De los salvados dos estaban heridos levemente; los otros si tenían algo, eran pequeños rasguños causados por las astillas que sacaban las balas del enemigo.

Una vez que todos estuvimos embarcados, los botes hicieron rumbo al “Huáscar”, i pocos momentos mas tardes estábamos en su cubierta donde permanecimos miétras concluian de subir todos los compañeros.

La mayor parte estábamos completamente desnudos. Los que no habian podido desembarazarse de su ropa ántes de sumerjirse, lo hicieron despues para tener mas libertad al nadar. Sin embargo, muchos marineros se pusieron dos trajes para no perder su ropa.



Una vez que todos estuvimos reunidos, nos hicieron bajar a la cámara de Grau. Aquella entrada fué por demas conmovedora. Los primeros compañeros que llegaron, recibieron con los brazos abiertos i lagrimas en los ojos a los que íbamos entrando enseguida. El ardor de la pelea iba dejando paso a la tranquilidad, i entonces el recuerdo de seres tan queridos para todos, cubrió de luto por completo el corazon de los que habíamos sido testigo del valor i heróico sacrificio. Durante el combate no había sido posible llorarlos como merecian i como se les sentia, sino tratar de vengar su muerte.

A esas lágrimas consagradas a la memoria de los héroes se mezclaron i sucedieron los abrazos i felicitaciones de la oficialidad peruana. Todos unánimemente elojjaron i encomiaron en sentidas i bien coordinadas palabras, la heroica conducta de Prat, Serrano i demas que los acompañaron; así como la tenaz resistencia de los que tenian ahí presentes.

Lo primero que hicimos fué preguntar por Serrano, i por Riquelme cuya suerte en esos momentos no conocíamos. Creiamos al principio que pudiera estar con los demás de la tripulacion; pero despues de ir a buscarlo un oficial peruano, nos convencimos que lo habíamos perdido.

* * *

En la sucesion de los acontecimientos de aquel día los unos parecian que borraban los precedentes. Como que cada una de las peripecias de aquel legendario combate parecia producir la mas honda impresion en nuestro ánimo. Ha sido después de ese día, con el espíritu tranquilo ya, con la sangre no circulando tan rápidamente como en el furor de la pelea, cuando se han podido ver claro todos los detalles. La memoria, descorriendo el velo que cubria los cuadros de su admirable gabinete, nos mostró uno a uno los diversos episodios de esa lucha inolvidable.



Varias veces solicitamos que se nos dejase ver a Serrano, que segun nos dijo estaba vivo aun; pero se nos negó tan justo deseo. El doctor Guzman, que en su carácter quiso tener la satisfaccion de asistirlo en sus últimos momentos, obtuvo la misma negativa; i en vez de haberlo complacido lo llevaron para que fuese a ver al teniente Velarde i a un marinero que estaban heridos.

Serrano vivió todavía tres hora, que segun el doctor Távara consagró el recuerdo de su simpática i querida esposa i al de toda su familia. No permitió por nada que le diesen ningun narcótico, porque él quería estar hasta su último suspiro en el pleno uso de sus facultades.

* * *

Entretanto el “Huáscar” seguía navegando pero no sabíamos con qué rumbo. La puerta de la cámara estaba guardada por un centinela i todo los demas herméticamente cerrado; de modo que para el mar no se podía ver nada. La cámara así habria estado completamente oscura si una lámpara encendida no la hubiese iluminado. Algunos rayos de sol que entraban, sin embargo por la cubierta, primero, i despues un compás que se notó i que Uribe disimuladamente se puso a observar, nos dieron la evidencia que navegábamos hacia al sur.

Algunos de los oficiales peruanos se habian conocido en mejores tiempos con otro de sus prisioneros. La conversacion se redujo entonces a recordar las buenas horas que habian pasado, i a preguntar por varios oficiales chilenos que se encontraban en nuestra escuadra.

Al rato de haber entrado a la cámara, nos hicieron servir un poco de cerveza i de coñac con unas cuantas galletas. Esto nos vino perfectamente porque entramos un poco en calor. El baño que nos habíamos dado i el estado de desnudez en que estábamos hacia algun tiempo, nos tenia dando diente con diente.

* * *



Charlábamos amigablemente con la oficialidad peruana cuando llegó el contra-almirante Grau i parándose en la puerta de su cámara hizo un seco i frio saludo a los que estábamos en ella. Preguntó en seguida por el comandante de la “Esmeralda” pero sus oficiales le dijeron que ahí solo estaba Uribe, su segundo, a quien le presentaron.

No recuerdo las palabras que pronunció esa vez, i sí tengo mui presente que todos se dirigieron a encomiar la valiente i resuelta conducta de los tripulantes de la “Esmeralda”. Terminó aquella visita diciéndonos algo en que parecía trataba de consolar nuestra triste condición de náufragos i prisioneros.

No sé a punto fijo cuánto tiempo despues de estar a bordo de la nave enemiga se nos presentó el almirante Grau.

En aquellas circunstancias en que teníamos el ánimo dominado por las terribles escenas que habíamos presenciado i por el aniquilamiento consiguiente a un dia de duro trabajo i vigilia, nuestro espíritu se abstraia a veces completamente de lo que nos rodeaba. Solo el recuerdo de lo pasado i la suerte de nuestros compañeros era lo único que nos preocupaba.

Así se esplica, por ejemplo, que para algunos de nosotros no tuviese la menor novedad la presencia del contra-almirante en el recinto en que nos encontrábamos; para otros esa visita solo tuvo el aliciente de una mera curiosidad. Sin embargo, coordinando los recuerdos de aquellas escenas que pasaron hace un año justamente, podemos en vista de ellas presentar al contra-almirante como un tipo que no ofrece nada de notable.



Nuestra crítica situación de náufragos no le inspiró ninguna compasión. Todas sus manifestaciones se redujeron a meras palabras.

Ya se ha visto la conducta que observó cuando pedimos ver a Serrano i mas adelante veremos como se condujo con el comandante Prat, i el lector se convencerá cuanto de inexacto tiene aquí todas las relaciones que han circulado aquí respecto a los últimos momentos de Prat en el camarote de Grau.

Todo aquello es perfectamente falso; el comandante de la “Esmeralda” encontró su muerte en la cubierta del monitor enemigo, i su cadáver permaneció en el sitio del sacrificio hasta que le bajaron a tierra llevándolo al día siguiente al cementerio junto con el de Serrano en un carretón de la policía.

Se vé, pues, que el almirante Grau no tuvo para con nosotros ni para con los muertos, ningún sentimiento que le eleve a la altura en que lo han querido colocar.

Como militar, su conducta en el combate mismo no fué de lo mas hidalgo: gastó un excesivo lujo de fuerza i de rigor. Habria podido hundir a la “Esmeralda” con solo hacer uso del espolon de su nave. Habria tambien ahorrado así la sangre jenerosa de tanto mártires que sucumbieron en defensa de su pabellón.

Grau, al contrario, queria sangre, i por eso al separar el espolon de su buque del costado de su antagonista, descargaba su gruesa artillería a toca penoles, acompañándola con un nutrido fuego de fusilería i ametralladoras. Aquello no fue un combate leal, fue solo un cobarde asesinato.



Los admiradores de Grau podrán decir de él lo que quieran, pero a su vez la sangre de Prat, Serrano i demas que sucumbieron, servirán de contrapeso i harán aparecer al hombre tal cual fué.

* * *

El monitor seguia siempre navegando pero detuvo su marcha cuando ménos lo pensamos. Se sintieron voces en cubierto de echar botes i poco despues embarcar botes. Se oyó tambien el habla de personas que se saludaban.

Nada de esto podiamos esplicar. Solo despues hemos podido presumir que en ese momento todos estábamos en Punta Gruesa i que los botes que echaban al agua era para salvar a los rendidos i náufragos de la “Independencia”. El comandante Moore habia sido tomado ahí a bordo del “Huáscar”.

Despues de esto el buque se ponía nuevamente en marcha con su mismo rumbo.

Segura, el ayudante de cirujano de la “Esmeralda”, estaba en el camarote de un oficial peruano el que lo habia llevado ahí para proporcionarle alguna ropa. Se hallaba vistiendo cuando se le presentó otro oficial, i disimulando la comision que llevaba, le preguntó cuánto andaba la “Covadonga”. Segura le contestó que no sabia a punto fijo, pero creía que en andar era de 10 a 11 millas por hora.

Despues he visto una carta de un oficial de la marina peruana dirigida a un amigo en el Perú en que le habla de estas mismas preguntas hechas al ayudante Segura.

En ella se afirma que creyeron al “Covadonga” de mucho andar i desistieron de perseguirlo. Supusieron que entrada la noche tomaría rumbo norte i que iria a dar aviso a la escuadra chilena de lo ocurrido



aquel día. Con esta creencia, pasó el “Huáscar” toda la noche cruzando frente a Iquique para cortar a la “Covadonga” en su imaginario viaje.

Después de este incidente, el “Huáscar” cambiaba de rumbo se dirigía hacia el norte.

* * *

Hacia más de tres horas que nos habían sacado del agua i solo dos o tres estábamos medio cubiertos; los demás tiritábamos del frío completamente desnudos.

El espectáculo no les debía desagradar, porque todo se reducía a hablar; que trajeran ropa i la ropa no aparecía. Al fin llegaron con algunos trajes de marineros que nos repartieron i que nos pusimos en el acto.

Fué cosa particular que en la numerosa i escogida oficialidad del “Huáscar”, la flor de la marina peruana, como se decía, no tuviesen unos cuantos trajes para cubrir la desnudez de unos pocos naufragos.

La noche se acercaba, i estando ya con el burdo traje del marinero que nos debía acompañar hasta fines de junio, entró por segunda i última vez el contra-almirante Grau i nos dijo:

“Siento no estar mas con ustedes, pero la clase de expedición que tengo que hacer en el sur, me impide tenerlos por mas tiempo en mi compañía. Van a quedar bajo la custodia de las autoridades de tierra, aquí en el puerto de iquique. Pueden ustedes salir”.

Al pararnos notó que todos estábamos descalzos i ordenó se nos trajese de los calamorros de la tripulación. En unos cuantos segundos estábamos listos para marchar, pues al elegir el calzado solo nos fijamos que entrase el pié.



Subimos a cubierta, donde habia muchos jefes de tierra, i nos condujeron al costado de estribor donde debíamos embarcarnos en un bote que nos desembarcase.

El guardia marina entónces, Vicente Zegers R. al ver a su lado un cadáver sobre cubierta i al pocos pasos de donde pasábamos, se acercó a él i, le descubrió el rostro que le ocultaba la levita que vestía.

Reconoció inmediatamente a su querido comandante Prat.

Su frente mostraba la profunda i ancha herida que seis horas ántes el plomo peruano le hiciera traidora i cobardemente. Su rostro estaba bañado en su propia sangre coagulada ya. Aquel exámen fué rápido; no habia tiempo para mas. Uno a uno empezamos a embarcarnos en el mismo bote que conducia en proa un cadáver más. Nosotros íbamos a popa.

Habíamos empezado aquel dia entre muertos e íbamos a terminarlo de la misma manera. I como si la magnanimidad de nuestros enemigos nos hubiese permitido acompañar a su última morada los restos queridos de algunos de nuestros compañeros muertos aquel dia, el cadáver que llevábamos delante era el del simpático i esforzado Serrano.

Todos íbamos con la cabeza descubierta, porque la prodigalidad de nuestros enemigos no alcanzó para darnos con qué cubrirla. I con esto parece que hubiera querido completar el fúnebre cuadro de ese inesperado acompañamiento. El sol se había puesto ya i la última claridad de la tarde iluminaba apénas la bahía. El bote que nos conducía se acercaba rápidamente al muelle. Los diez prisioneros que íbamos en él pusimos pié en tierra cuando la postrer vislumbre del crepúsculo nos permitía solo distinguir el conjunto de un pueblo entero que ansioso esperaba nuestra llegada.

* * *



Por lo que respecta al combate, creo, con lo expuesto, haber cumplido la promesa que hice a algunos amigos de escribir algo sobre aquel memorable acontecimiento que con su justa alegría celebramos hoy todos los chilenos.

Juan Ag. Cabrera Gacitúa
Santiago, mayo 21 de 1880.

